

Por eso en Colombia, donde todos pensamos así, el homenaje de S. M. el Rey, EL PRIMER CABALLERO DE LA RAZA, el homenaje de España a un colombiano de los merecimientos de Francisco José de Caldas, doblemente simpático por sabio y por mártir, ha tenido que recibirse con el más grande entusiasmo y la más sincera gratitud. Es un homenaje que realiza un acto de justicia estricta para con la memoria de un hombre de ciencia que supo dar día de gloria a nuestra raza española, y por lo mismo tiene que llegar muy hondo en los pechos colombianos, a lo más profundo de nuestra alma ...

J. M. PEREZ SARMIENTO

C. de la Real Academia Española de la Historia. De las Academias Nacionales de Historia de Colombia y de Venezuela.

(De *Hispania*).

LA TALA DE LOS ARBOLES

Hace tres o cuatro años, de manera súbita, sin que nadie supiese por qué, sin razón ostensible ninguna, unos cuantos hombres, armados de terribles y cortadoras hachas, empezaron a destruir los árboles del Parque del Centenario, frente al Salón Olympia. Crujieron a su filo primero, como exhalando un suspiro, las más débiles, airosas y enhiestas ramas; lanzaron después un grito de angustia las más verdes y vigorosas, con los brazos extendidos en el aire, como implorando misericordia, y por último fueron cayendo a trozos los viejos troncos, ya despojados de su corteza.

La monomanía de los arboricidas, es decir, de los asesinos de árboles, es una enfermedad como cualquiera otra: como la de los que en la herida recién abierta beben con deleite sangre de mujer en las ánforas del

seno; como las de los que dividen de un solo tajo el débil cuello de los niños, endeble como una flor, o despanzurran mujeres, por placer, como monsieur Lendru. Es infinita la variedad de las monomanías: aún hay discretos enamorados que en el silencio y la soledad de la noche besan el pie de la deidad de mármol, símbolo de belleza, que jamás ha de rendirse a sus deseos; y también tiene sus devotos la celosa progenie de otros iconoclastas, perseguidores de inocentes imágenes laicas, como las antiguas del Parque de los Mártires.

Cada cierto tiempo se encruelece el furor de las persecuciones contra los árboles de Bogotá. La de los cristianos terminó con Decio. ¿Cuándo terminará la de estos amables seres amigos nuestros, que parecen destinados a sucumbir para siempre, a poder de oscura y secreta sentencia? ¿Quién ordena la tala cruel de los árboles? Los artifices de la destrucción se recatan en la sombra, y sólo aparecen unos pobres hombres, hecha en mano, como visibles ingenieros del desastre.

¡Cuán cierto es que en la catástrofe de los más sólidos y levantados monumentos el tiempo es el factor que menos importancia tiene, con ser mucha, y que el empuje avasallador de los hombres es la causa principal de las más lamentables ruinas!

Cuando en la pasada ocasión los eternos enemigos de los árboles principiaron su ingloriosa ofensiva, el Cabildo de Bogotá hizo causa común con el pueblo, que se oponía a la tala traidora e inmisericorde, e impidió la anónima obra arboricida. La prensa había ya hecho sentir su voz en todos los timbres, en todos los tonos, desde la campana mayor, señora y reina de la torre, hasta la más pequeña, secundada por las medianas, en repique supremo de alarma.

No sabemos, ni nadie ha sabido nunca, quiénes

son estos misteriosos asaltantes de los árboles, en plena capital de la República; pero lo cierto es que sin que a nadie se le dé aviso, sin que se discuta en público su conveniencia, nuestros árboles van desapareciendo, merced a órdenes tan sigilosas como certeras. Nos explicamos el derribo de los árboles, en los oscuros laberintos de la selva, a mano del ambicioso colonizador; mas no nos entra en la cabeza que estos bellos ornamentos de nuestros parques y jardines, que tantos desvelos han costado, caigan de la noche a la mañana, sin que nada igual a su hermosura se nos muestre para reemplazarlos.

En la última persecución de los árboles de San Diego le preguntamos a uno de los ignorantes e ingenuos arquitectos de las ruinas que por el suelo se veían: «¿Quién ordenó la tala de estos árboles?» «Están vendidos,» fue toda su lacónica respuesta. Los bogotanos pagaríamos de buen grado los pocos pesos que vale cada eucaliptus, en cambio de que los dejaran en su sitio echando sus penachos al viento.

¿Será que los árboles son una amenaza? Los hemos visto en el declive de los montes, hundiéndose sus raíces en la amenazante pared de arbustos que parece va a desprenderse sobre el angosto camino que baja serpeando hacia el lecho del río, sin que puedan romper sus resistentes raíces las tempestades que suelen recorrer nuestras montañas. La naturaleza más sabia que los hombres, dio a los troncos de los árboles hondas y poderosas maromas para sostenerlos en su lucha constante contra los vientos que los combaten en todas direcciones. Sería el último grado de la neurosis el tenerles miedo a los árboles de nuestros parques; y para hombres acometidos por tan grave enfermedad, a más de ásperos baños fríos, les convendría una buena dosis

de bromuro; pero dicho se está que ellos no pueden ser legisladores en este pleito de belleza, sentimiento y gusto.

Los hijos de esta ciudad somos los que con más intensidad sentimos estos salvajes destrozos de árboles, y somos por lo mismo los llamados a defenderlos contra las agresiones extrañas, porque son algo nuestro, porque los vimos crecer, porque constituyen un adorno de la heredad nativa, de la cual no pueden disponer los que no nacieron al abrigo de estos cerros, ni saben nuestro espíritu, ni entienden nuestra cultura, ni avaloran lo sagrado de nuestros recuerdos.

La fiesta del árbol que se celebra en las escuelas, es un símbolo grandioso que los maestros aspiran a hacer perpetuar en el alma de los niños. Los árboles son emblema de constancia, son prenda de amor y signos de la Patria. Ellos nos señalan la gradación de los climas cuando vamos ascendiendo de los hondos y ardientes valles, señoreados por la ceiba centenaria hasta las cumbres áridas y frías, comarcas sólo propicias a miserables arbustos. Un árbol basta para que el viajero recuerde a su vista a la patria chica, donde bajo unas ramas oyó la primera promesa enamorada, y donde también bajo la protección de otros árboles semejante durmen su último sueño «los patriarcas de la aldea.»

En la pasada campaña fue «El Tiempo,» este generoso y leal guardián de los fueros de Bogotá, quien levantó su voz en pro de nuestros árboles. ¡Ojalá en esta otra vez no falten defensores de esta causa, que tiene en su favor las aves, el viento y la sombra!

LUIS MARIA MORA



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico